

La crisis del capital en dos energoficciones contemporáneas: *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor y *La compañía*, de Verónica Gerber Bicecci

The crisis of capital in two contemporary ergo-fictions:
Temporada de huracanes by Fernanda Melchor and *La compañía*,
by Verónica Gerber Bicecci

A crise do capital em duas ergo-ficções contemporâneas:
Temporada de huracanes de Fernanda Melchor e *La compañía*, de
Verónica Gerber Bicecci

DAVID LORÍA ARAUJO*

FRANCISCO G. TIJERINA MARTÍNEZ**

RESUMEN: Este artículo presenta los resultados del análisis comparativo entre dos obras escritas por autoras contemporáneas: *Temporada de huracanes* (2017) de Fernanda Melchor y *La Compañía* (2019) de Verónica Gerber Bicecci. Nos detenemos en la transformación geoespacial de poblados periféricos, la constitución y reforzamiento de un prototipo de masculinidad, el dominio sobre el cuerpo-territorio (de las mujeres y de la Tierra) y el menoscabo de ciertas condiciones de salud por efecto de la toxicidad medioambiental. Sostenemos que estos recursos, presentes en los universos narrados y constatados por archivos o notas periodísticas reales, afianzan el extractivismo de materia prima para la producción de hidrocarburos en el país. Por último, establecemos un diálogo entre los textos y algunas perspectivas teóricas recientes, en relación con la posibilidad de hacer futuros en contextos capturados por el ciclo inagotable y expansivo del capital.

PALABRAS CLAVE: Extractivismo, hidrocarburos, masculinidad, enfermedad, futuros.

ABSTRACT: This article shows the results of a comparative analysis between two contemporary literary works written by women: *Temporada de huracanes* (2017) by Fernanda Melchor and *La Compañía* (2019) by Verónica Gerber Bicecci. We focus on the geospatial transformation of peripheral settlements, the constitution and reaffirmation of masculinity's prototype, the domain over the body-territory (women's and Earth's), and the effacement of certain health conditions provoked by the exposure of a toxic environment as a result of extractivist practices. We sustain the idea that these resources, present in the narrated universes and verified by archives and news media outlets, vouch for the extractivism of raw material for hydrocarbon production in the country. Finally, we establish a dialogue between both texts and some other recent theoretical perspectives in relation to the possibility of creating futures in the crossroad of capitalism and its current cyclical and expansive state.

KEY WORDS: Extractivism, hydrocarbons, masculinity, disease, futures.

RESUMO: O artigo apresenta os resultados da análise comparativa entre duas obras de autoras contemporâneas: *Temporada de huracanes* (2017) de Fernanda Melchor e *La Compañía* (2019) de Verónica Gerber Bicecci. Paramos na transformação geoespacial das cidades periféricas, na constituição e reforço de um protótipo de masculinidade, no domínio do corpo-território (da

* Universidad Iberoamericana. <dloriaa@hotmail.com>.

** Washington University in St. Louis. <francisco@wustl.edu>.

mulher e da Terra), e no comprometimento de certas condições de saúde devido ao efeito da toxicidade ambiental. Sustentamos que esses recursos, presentes nos universos narrados e verificados por arquivos ou notas jornalísticas reais, fortalecem o extrativismo de matérias-primas para a produção de hidrocarbonetos no país. Por último, estabelecemos um diálogo entre os textos e algumas perspectivas teóricas recentes, em relação à possibilidade de fazer futuro em contextos capturados pelo ciclo expansivo e inesgotável do capital.

PALAVRAS-CHAVE: extrativismo, hidrocarbonetos, masculinidade, doença, futuro.

RECIBIDO: 26 de agosto de 2021. **ACEPTADO:** 4 de octubre de 2021.

*Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.
El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros de petróleo el diablo.
Ramón López Velarde.*

A pesar de la larga data del extractivismo de hidrocarburos y minerales en América Latina, todavía son escasas las producciones culturales que abordan de manera frontal dichos flujos del capital como medios para la producción de combustibles y el desarrollo de la industria metalúrgica. El petróleo, por ejemplo, se desliza furtivamente en el subterráneo de ficciones que, de forma paradójica, encubren su omnipresencia a la vez que acreditan su fuerte impacto en las relaciones sociales, económicas y ecológicas del presente. Dicho síntoma literario no es gratuito, pues también se replica en nuestra dependencia tácita, aunque cada vez más excesiva, del producto oleaginoso y sus derivados.

En años recientes y con base en el trabajo pionero de Amitav Ghosh (1992), la crítica literaria se ha interesado por esta suerte de ubicuidad velada, derivada del imperialismo y la privatización sobre los territorios, y sustentada por nociones ilusorias de modernidad y progreso (Macdonald, 2017; Montenegro, 2019; Szeman y Boyer, 2017). La sistemática invisibilización del extractivismo contrasta con la “devoción a la energía” (Daggett; 2018, 1) y la imperante necesidad de sus mercancías en las sociedades modernas, hecho que se traslada del inconsciente político a los códigos de la creación literaria y viceversa. Irme Szeman y Dominic Boyer, editores de la antología *Energy Humanities* (2017), hacen hincapié en que “los combustibles fósiles [...] han sido sorprendentemente difíciles de figurar de forma narrativa, visual y conceptual como elementos centrales de lo moderno” (12). Si bien el estado de la cuestión se ha inclinado hacia el mapeo del crudo, esta teorización permite que se observe la extracción de otros recursos bajo el mismo marco referencial.

Desde la década de los noventa, el paradigma epistemológico de la ecocrítica se ha encargado de estudiar los recursos retóricos empleados para la representación de la naturaleza en los textos literarios, o bien, de analizar la huella de la degradación ecológica

en los universos ficticios.¹ Más que un decorado escenográfico o un telón frente al cual transitan los personajes de una narración, la naturaleza es examinada como articuladora de identidades, corporalidades, estructuras e interacciones. En un tenor parecido al de las humanidades medioambientales, la energocrítica puede ser leída, previsiblemente, como el rastreo del papel desempeñado por la energía y sus medios de producción en la configuración de infraestructuras y subjetividades (Szeman y Boyer, 9), así como en la legitimación de jerarquías, privilegios y diferencias entre las personas, las naciones y las geografías.

A la luz de las consideraciones anteriores, el propósito de este artículo es presentar, de forma conjunta, los resultados de dos estudios de caso sobre artefactos textuales que caracterizamos como energoficciones: *Temporada de huracanes* (2017) de Fernanda Melchor y *La Compañía* (2019) de Verónica Gerber Bicecci. El término elegido para nombrarlas es una traslación de *petroficción* (Ghosh, 1992; Macdonald, 2012; Szeman, 2012) y con él nos referimos a las narrativas que registran derivas afectivas asociadas con la explotación de los recursos naturales para la producción energética. A juicio de María Silvia Montenegro, quien estudia la película venezolana *Pelo malo* (2013) en función de los valores y emociones que se asocian con la cultura petrolera, el *petroafecto* se define como “la potencialidad del petróleo y sus productos derivados de configurar estructuras sociales, cuerpos y objetos, así como también su capacidad para moldear comportamientos, ideas y prácticas culturales en las sociedades modernas” (2019: 993). Con esta guía, hemos indagado en las performatividades que giran en torno al drenaje de recursos y la producción de energía en un par de obras de la literatura mexicana reciente.

Los textos de estas autoras están ambientados, respectivamente, en lugares de extracción de hidrocarburos y minerales en México: La Matosa, un poblado cercano a los pozos petroleros de la costa de Veracruz, y San Felipe Nuevo Mercurio, la comarca alrededor de una mina en la sierra de Zacatecas. Leídas en conjunto, estas ficciones nos permiten visualizar las implicaciones ecológicas, políticas, económicas y sociales de espacios pericapitales, es decir, aquellos lugares donde se desdibuja el afuera-adentro del capitalismo; espacios con límites porosos debido a la capacidad del sistema para fagocitar todo tipo de recursos –incluso los atribuidos a la naturaleza– a fin de prolongar su pulsión acumulativa (Tsing, 2015: 63).

Consideramos que ambos textos se adhieren al corpus de narrativas que Edith Negrín compila y analiza en el volumen *Letras sobre un dios mineral...* (2017). La investigadora

¹ Puede consultarse el trabajo monográfico pionero *The Ecocriticism Reader*, coeditado por Cheryl Glotfelty y Harold Fromm en 1996. En el apartado introductorio, Glotfelty define esta línea como “the study between literature and the physical environment” (XVIII). Trabajos más recientes, como el volumen *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, añaden que “toma como punto central el análisis de la representación de la naturaleza y las relaciones interdependientes de los seres humanos y no-humanos según han quedado reflejados en las obras de la cultura y de la literatura” (Flys, Marrero y Barella, 2012: 18).

reúne 18 obras literarias publicadas a lo largo del siglo xx –principalmente novelas, pero también una crónica y una dramaturgia– que abordan de manera central la explotación petrolífera en nuestro país. En estas piezas, escritas en algunos casos por hombres foráneos, ambientadas por lo general en Tampico y Veracruz, se describe el descubrimiento, la explotación y/o la expropiación de los yacimientos, así como la exotización del territorio mexicano, la crítica al capitalismo salvaje, o bien, el encubrimiento de la codicia de las corporaciones extranjeras. Entre las más conocidas cabe mencionar *Panchito Chapopote* (1928) del estridentista Xavier Icaza y *La cabeza de la hidra* (1978) de Carlos Fuentes. En palabras de Negrín, estas ficciones “coinciden en representar al petróleo no sólo como parte de las entrañas geográficas del subsuelo, sino de la identidad nacional” (2017, 25), y además conllevan la premisa de que México es un país rico en recursos minerales, pero poco capacitado para aprovecharlos (2017: 18).

Por un lado, *Temporada de huracanes*, segunda novela de Fernanda Melchor, está dividida en ocho capítulos que reconstruyen el homicidio de una bruja, cometido en una pequeña comunidad veracruzana. Cada apartado se compone de un extenso párrafo que integra recursos retóricos de la nota policiaca y el chisme mientras repasa la perspectiva de cada uno de los personajes: Luismi, Yesenia, Munra, Chabela, Norma, Brando, entre otros. A partir de una vorágine de voces narrativas, donde predomina el discurso indirecto, el lenguaje soez y el habla coloquial, se registran los miserables y macabros hechos que rodean al crimen. La prosa barroca y desbocada de Melchor se mueve a través de pantanos, barracas, cantinas, arrabales y otros espacios que aseguran la subsistencia del extractivismo petrolero, y a su vez encumbran cierto modelo de masculinidad. Para la autora es menos importante el hallazgo del culpable que la visibilización de la precariedad en las comunidades periféricas y la sistemática marginación de sus habitantes.

Por otro lado, *La Compañía* es un artefacto textual que se divide en dos grandes apartados. La primera mitad es la reescritura del siniestro cuento “El huésped” de Amparo Dávila. Cada página contiene un par de frases del texto base, ahora conjugadas en futuro, que son ensambladas sobre fotografías sobreexpuestas de Nuevo Mercurio y acompañadas por diagramas de *La máquina estética* del artista visual Manuel Felguérez. Del montaje resulta un fotorrelato en el que Gerber Bicecci reemplaza la palabra “el huésped” por “la Compañía” cada vez que es mencionado; por lo tanto, este sintagma suplanta la visita ominosa que amenaza la vida de una familia en la historia original.² El segundo apartado se conforma por 100 viñetas que incluyen documentos en torno a un grupo de minas de Zacatecas, administradas por la Compañía Mercurio Mexicano (luego renombrada Compañía Minera Veta Rica, S.A): testimonios de los extrabajadores, estudios geológicos, informes sobre las consecuencias clínicas del contacto con

² También se intercambia el nombre de Guadalupe (la mujer que hace las labores domésticas para la protagonista y su familia en el cuento de Dávila) por el de “la máquina”. Lo anterior versa en torno a la relación entre la tecnología, la idea de progreso y la sustitución de la mano de obra en la práctica capitalista.

insumos y desechos, croquis de los túneles, diagramas de las maquinarias empleadas, fragmentos de trabajos de investigación académica y gubernamental, etcétera.

Aunque difieren en su estructura, las dos obras despliegan una profusión de voces y referencias. Ambas parecen fungir dentro de un marco de verosimilitud, a través de la que Betina Keizman denomina como una “[o]peración de reescritura de archivos, sea corpus documental y/o obras artísticas” (2019: 230). En el caso de *La Compañía*, esta característica es central, pues la autora puntualiza sus fuentes bibliográficas en la parte final del texto; en el caso de *Temporada de huracanes*, este proceso es un poco menos obvio. La novela está inspirada en la nota roja del caso de Raúl “el brujo” Platas Hernández, asesinado en el municipio Puente Nacional, Veracruz (Tijerina, 2020: 14). El hecho de que Melchor emplee, además, el epígrafe “Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios”, que extrae de la novela *Las muertas* (1977) de Jorge Ibarguengoitia –a su vez basada en los crímenes de las Poquiachis–, deja constancia del trasvase y la indeterminación entre realidad y ficción que nutre diversas obras recientes.

Hacer un análisis de la energomaskulinidad y la doble explotación sobre las mujeres y el medioambiente, del pisoteo constante de la vida en aras del “progreso” y de la posibilidad de un futuro distinto y esperanzador que atienda al inmediato presente dañado, nos permitirá entender las distintas ramificaciones que tienen los procesos de extractivismo dibujados en *Temporada de huracanes* y *La Compañía*. En esa línea, en el primer apartado nos aproximamos a los textos de Melchor y Gerber Bicecci desde una mirada energocrítica, aliada con el ecofeminismo, para observar las implicaciones que tiene la producción de hidrocarburos en la conformación de un prototipo de masculinidad predatoria; más adelante, en el segundo apartado, nos centramos particularmente en los efectos que se producen en la salud de los cuerpos humanos y no humanos que se ven afectados por estas prácticas; finalmente, en el último apartado, dialogamos con las perspectivas críticas de Donna Haraway y Anna L. Tsing acerca del estado de nuestros ecosistemas –fuertemente ligados a un ideario capitalista– y la posibilidad de nuevos y distintos futuros que tengan un fuerte anclaje en el presente y su relación con el pasado.

LA ENERGO-MASCULINIDAD Y EL DESPLIEGUE DE SU DOBLE EXPLOTACIÓN

Nuestras siguientes reflexiones están dirigidas al análisis de la praxis compulsiva de un modelo específico de masculinidad hegemónica³ como factor constitutivo

³ Para entender el concepto de “masculinidad hegemónica” nos anclamos al invaluable trabajo de Raewyn Connell. En su libro pionero *Masculinities* (1995), la autora señala diferentes patrones de comportamiento que se aprenden y se normalizan con el firme propósito de legitimar la posición dominante del género masculino.

del extractivismo de hidrocarburos y minerales. La ratificación de esta virilidad se sostiene, paralelamente, a partir del consumo del cuerpo feminizado y el cuerpo geológico; en otras palabras, en el ejercicio de una doble explotación sobre las mujeres y la Tierra. En su artículo comparativo entre *Love in the Kingdom* de Nawal El Saadawi y *La novia oscura* de Laura Restrepo –ficciones que encaran la extracción de crudo y la violencia de género en Egipto y Colombia, respectivamente– Sharae Deckard asevera que “patriarchy and petro-capitalism have worked in tandem” (2018: 3). Se han gestado como mecanismos indisociables que se retroalimentan y refrendan uno al otro a costa del detrimento de cuerpos y materias primas.

Los textos coinciden en la edificación de áreas destinadas al consumo de alcohol y la prostitución como efecto inmediato y colateral de la extracción de petróleo y mercurio. El descubrimiento de los depósitos parece sincronizado con la construcción de espacios de esta naturaleza, los cuales pretenden satisfacer ciertas necesidades de los peones que emigran a los pozos y las minas. En *La Compañía*, lo anterior se refleja en un fragmento del relato “José Largo” de José Luis Martínez P., que Gerber Bicecci inserta para dar cuenta de cómo Nuevo Mercurio “se [pobló] con mineros que acudían a trabajar de muy diversas partes como Parra, Zacatecas, Concepción del Oro y Guanajuato” (2019: 111). En la región, otrora ocupada por escasos campesinos dedicados al pastoreo y la ganadería, “Empezaron a surgir cantinas, billares y hasta una zona de tolerancia, improvisada en casas de madera, [...] a la orilla del pequeño poblado” (2019: 111). Para favorecer esta urbanización, rápidamente se habilitó energía eléctrica, así como servicios de telecomunicaciones.

Nos llama la atención que en el hipotexto (“El huésped”) se hacen breves pero significativas alusiones a la falta de energía eléctrica y, en consecuencia, al uso exclusivo de lámparas de gas para la iluminación doméstica. La narradora del relato de Dávila declara: “Vivíamos en un pueblo pequeño, incomunicado y distante de la ciudad. Un pueblo casi muerto o a punto de desaparecer” (2019: 19). La falta de medios de comunicación y transporte imposibilita la huida y mantiene a la protagonista aislada, a merced del hostigamiento del huésped. No obstante, cuando se defiende del siniestro visitante, lo hace a través del quinqué: “Salté de la cama y le arrojé la lámpara de gasolina que dejaba encendida toda la noche. No había luz eléctrica en aquel pueblo y no hubiera soportado quedarme a oscuras, sabiendo que en cualquier momento...” (2019: 21). La mujer permanece confinada a las sombras de un hogar opresivo del que no puede escapar. Este elemento se mantiene en la actualización que efectúa Gerber, pero en el apartado que refiere al archivo de Nuevo Mercurio las telecomunicaciones y los medios de traslado terrestre están a merced de la mina y de los hombres que laboran para ella: “se cuenta con energía eléctrica, [...] caseta de teléfono, [...] terracerías, brechas y veredas transitables todo el año” (2019: 106).

En la novela de Melchor, el poblado de La Matosa se asienta sobre los terrenos de un ingenio azucarero, un sitio cercado por “matas y matas y matorrales achaparrados cubiertos de enredaderas que [...] amenazaban con tragarse las casas y los cultivos y que los hombres mantenían a raya a punta de machete” (2017: 26). El control de la naturaleza indómita por la fuerza del hombre y la centralidad económica de la plantación son únicamente reemplazadas por el hallazgo de los yacimientos, evento que coincide con el embate de un furioso huracán. La existencia de otro enclave para el usufructo de los recursos naturales acarrea, asimismo, la llegada de “gente de fuera, en su mayoría atraída por la construcción de la carretera nueva que atravesaría Villa para unir con el puerto y la capital los pozos petroleros recién descubiertos, al norte, allá por Palogacho” (2017: 25). Dicha intervención provoca que se edifiquen “barracas y fondas y con el tiempo cantinas, posadas, congales y puteros en donde los choferes y los operadores y los comerciantes de paso y los jornaleros se detenían para escapar un rato de la monotonía” (25). Este fragmento evidencia, además, la diversidad de oficios practicados por los hombres que se benefician de la pavimentación y la diversificación económica del campo veracruzano. Siguiendo a Montenegro, el petróleo reorganiza la distribución de las ciudades así como el rol de los individuos en el aparato social y sus desplazamientos geoespaciales (2019: 1007). La carretera, el burdel y la cantina emergen, en ese sentido, al servicio de la extracción.

Esta transformación del espacio en favor de proyectos petroleros o mineros no es exclusiva de los textos aquí abordados. Otro libro parecido y pionero en este campo (tanto por los procesos de documentación previa como por los hechos que denuncia) es la crónica *Los suicidas del fin del mundo* (2005) de la argentina Leila Guerriero. En sus páginas también remite a una localidad periférica y semiaislada –el pueblo Las Heras, al norte de Argentina–, a la extracción de recursos para el suministro de energía –se descubrió ahí uno de los yacimientos de petróleo más importantes de la Patagonia, Los Perales– y a las consecuencias que esta explotación detona: la migración de trabajadores dispuestos al trabajo intensivo, el veloz aumento demográfico, la pavimentación de calles y la emergencia de espacios que refuerzan el poder sobre los cuerpos de las mujeres: “Las Heras atravesó los años ochenta y los primeros años noventa en esa prosperidad de petroleras, bares, burdeles y hombres con dinero para gastar en todo eso” (2005: 20). La autora pone especial énfasis en la proliferación del consumo del trabajo sexual:

Para aquellos sin familia sustituta ni mujer dispuesta a aguantar un revolcón por soledad irremediable, estaban las putas. Llegaron de a cientos, desde toda la Argentina, a trabajar en bares, whiskerías y cabarets que se multiplicaron [...]. No hubo cuadra que no tuviera su farol, su carne de ocasión por poca plata (2005: 19).

Las “zonas de tolerancia”, “congales” y “puteros” a las afueras de los poblados o a la vera de las carreteras reaparecen en la distribución espacial de los universos extractivistas

narrados.⁴ En ese sentido, Rita Segato confirma que “toda empresa extractivista que se establece en los campos y pequeños pueblos de América Latina para producir *commodities* destinadas al mercado global, [...] trae consigo o es, inclusive, precedida por burdeles y el cuerpo-cosa de las mujeres que allí se ofrecen” (2018: 11). Así, la microeconomía de cada sitio donde se explotan, se procesan o se transportan los recursos minerales depende en gran medida de la satisfacción del placer patriarcal y sus demandas de poder sobre los cuerpos de las mujeres. El artefacto de Verónica Gerber Bicecci se inclina poco por esta vía, aunque sí queda de manifiesto que hubo que edificar con urgencia una zona roja para los mineros (2019: 111); en cambio, Fernanda Melchor hace mayor hincapié en la mercantilización del trabajo sexual, porque varios de sus personajes femeninos se dedican a esta actividad remunerada como medio de subsistencia.

La Negra y la Balbi, por ejemplo, son dos hermanas que emigran hacia la costa veracruzana con el objetivo de procurarse mejores condiciones de vida: “tuvieron que largarse solas al norte, donde decían que había mucho trabajo por los pozos petroleros” (2017: 41). No obstante, la clientela no se compone únicamente de los sujetos que extraen la materia prima, sino también de quienes la trasladan y se ven obligados a pausar su travesía por las autopistas. Por lo tanto, se dice que el pueblo de La Matosa fue “plenamente invadido de fulanas y pirujas venidas desde quién sabe dónde, atraídas por el rastro de billetes que las pipas del petróleo dejaban caer a su paso por la carretera, muchachas de poco peso y mucho maquillaje” (2017: 30). Los alrededores del lugar están ocupados por antros y moteles frecuentados por los trailers. En particular, la representación del trabajo sexual recae en el personaje de Chabela, quien “se daba la gran vida puteando en la carretera” (2017: 36) y con ello se hace de un modesto patrimonio que le permite vivir con mínimas comodidades. Con el paso del tiempo, aprende las artimañas del oficio y llega a ser quien regenta a las mujeres que laboran en el Excálibur Gentelman’s Club. “[P]ara hacer dinero en este negocio, dinero de verdad, lo único que se necesita son unas buenas nalgas”, advierte la veterana a Norma, “y mejor si no son las tuyas, mamacita; mejor si son de una bola de chamacas pendejas” (2017: 143). En *Temporada* es patente la cadena de mando y esclavitud del territorio-cuerpo. Chabela es tan solo un eslabón, una intermediaria que goza de ciertos privilegios porque es útil para el reforzamiento del dominio masculino. Empero, ella representa a una minoría, pues la novela subraya que muchas otras mujeres son raptadas, violadas y mutiladas en su camino a la frontera (2017: 51).

⁴ A esta nómina de obras literarias podemos agregar la novela *El mal de la taiga* de Cristina Rivera Garza, ambientada en un bosque de coníferas. Gran parte del sitio, aunque parece despoblado, pertenece a un hombre que tala y exporta madera (2012: 56-57). En el tenor de las energoficciones aquí revisadas, la autora agrega que el acaudalado empresario posee su propia planta de electricidad, un transformador privado (2012: 59). De igual modo, la comarca cuenta con un prostíbulo para satisfacer a los leñadores (2012: 81-82).

Otros de los recursos característicos de las ficciones que retratan la explotación de hidrocarburos, y que a su vez contribuyen con la formación de un prototipo específico de masculinidad hegemónica, son la omnipresencia de las sustancias combustibles y la dependencia que desarrollan los personajes hacia estas. En el libro de Melchor, la centralidad del petróleo se percibe a través de su impacto en las subjetividades, los afectos, los deseos y las aspiraciones. Las menciones de la gasolina y del espacio destinado a la compra-venta de esta mercancía pueden parecer triviales, pero son muy relevantes para comprender cómo operan la circulación económica y las relaciones intersubjetivas del lugar. La gasolinera se ubica a la entrada de Villagarbosa, sobre la carretera que conecta Palogacho con La Matosa, “en el medio de la nada, en medio de kilómetros y kilómetros de cañaverales” (2017: 116). Como este último sitio carece de servicios públicos e instalaciones comerciales –no hay mercados, clínicas, escuelas, hoteles, cárceles ni cementerios–, sus habitantes se ven en la obligación de atravesar constantemente la autopista y, por lo tanto, el líquido se convierte en un bien altamente estimado y codiciado, aunque pocas veces asequible. Munra, por ejemplo, es un personaje que se muestra cicatero y renuente a “gastar dinero y gasolina a lo pendejo” (2017: 65), incluso frente a una emergencia médica sufrida por Norma, la novia de su hijastro. La tenencia de gasolina es sinónimo de poder económico y su consumo se pone en entredicho y se ridiculiza cuando no beneficia directamente al propietario. Quien pagó por cada litro debe cobrar por cada aventón a fin de no convertirse en un “pendejo”.

El depósito de combustible, estación de paso y parada forzosa a media autopista, es un territorio en el que se realizan intercambios monetarios y afectivos. Por ejemplo, se dice que doña Tina, la abuela de Yesenia, estaciona ahí su triciclo para vender jugos, y que con el paso de los años logra recaudar lo suficiente para saldar el costo del entierro digno de su hijo Maurilio (2017: 41-42); que Munra se detiene en tal lugar para mandarle a Chabela mensajes de texto violentos (2017: 89); que Norma es abandonada ahí cuando ya no puede pagar el pasaje de autobús (2017: 116 y 147); o que desde aquel sitio Brando está dispuesto a pedir aventón a los camioneros a fin de huir hacia la frontera (2017: 208). Por si fuera poco, la autora incluye una referencia a la canción “Gasolina” del artista puertorriqueño Daddy Yankee, la cual acompaña a la comparsa de la reina del carnaval en Villagarbosa: “*A ella le gusta la gasolina*, con una mano en la cintura y otra sujetando su corona, *dale más gasolina*, y aquella mirada vacía, casi espantada, *cómo le encanta la gasolina*, por las obscenidades que los ebrios a sus pies le gritaban con algo más parecido al hambre que a la lujuria, *dale más gasolina*” (2017: 170; énfasis en el original).

El personaje de Luismi encarna un caso muy evidente de subordinación ante la gasolina y su correlato de masculinidad. Para conseguirle un empleo, su padrastro pretende involucrarlo como promotor de la campaña política del candidato Pérez Prieto, pero el muchacho no se muestra interesado porque persigue otras ambiciones:

[...] él no quería andar de gato por tres miserables pesos, [...] mejor prefería aguantarse a que al fin le cayera la chamba esa de la Compañía que le habían prometido: la dichosa chamba de la Compañía, un pinche sueño guajiro que el chamaco quién sabe de dónde había sacado, de que le iban a dar chamba en los campos petroleros de Palogacho, una chamba de técnico según él, con todas las prestaciones que otorgaba el sindicato de los petroleros y toda la cosa [...] (2017: 75).

Más adelante se añade que el joven mantiene una relación oculta con un ingeniero de la Compañía Petrolera, “un señor de camisa impecable de manga larga y esclava de oro sobre la muñeca velluda y el celular de última generación metido en la pretina de los pantalones” (186) a quien Luismi admira “como quinceañera ilusionada” (2017: 186) pues ha prometido conseguirle empleo en la industria de combustible.⁵ Estas ambiciones de un trabajo de prestigio y facilidad de solvencia económica resultan ser inalcanzables para el personaje, porque es bien sabido que la Compañía “no contratava a nadie que no fuera pariente directo o recomendado de los líderes sindicales” (2017: 75); además, Melchor agrega la inexperiencia del muchacho y la discrepancia de su cuerpo con el de los trabajadores: “el chamaco no sabía nada de pozos ni de petroquímica, si ni la secundaria había acabado, y para colmo estaba flaco como tlaconete” (2017: 75). La alusión a la delgadez, similar a la de una salamandra, indica que Luismi no posee una corpulencia acorde con el ideal de la disciplina fabril. A pesar de ello, Luismi insiste en esperar, deja pasar otras oportunidades –como la de convertirse en chofer de tráileres (2017: 76)– y se mantiene bajo el amparo económico de su madre, quien se dedica al trabajo sexual.

De hecho, el cuerpo de Munra tampoco es apto para el trabajo en la petrolera y se dice que es “un cojo bueno para nada, borracho, mantenido” (2017: 52); antes laboraba como motociclista diligenciero de las agencias de la costa, pero un accidente lo deja lisiado y al amparo de una muleta. Chabela expresa que este incidente reduce la hombría de su pareja: “Así como lo ves, ese pinche estorbo un día fue un hombre de verdá, un cabrón bien plantado, antes de que tuviera su accidente. Me lo desgraciaron bien gacho, [...] lo volvieron un pinche inútil” (2017: 111), la mujer agrega que su atractivo viril también radicaba en el vehículo que conducía: “Y vieras lo guapo que era de chico, lo machín que se veía en su moto” (2017: 144). En el presente de la narración, Munra se opone a usar sillas de ruedas, pues siente que “le hacían lucir como un pinche inválido,

⁵ Nos parece importante hacer notar la semejanza en el uso de las mayúsculas tanto para *La Compañía* y “La Compañía” (título de libro y nombre del personaje ominoso de Verónica Gerber) como para la “Compañía Petrolera” (razón social de los pozos del puerto de Veracruz, en el caso de Melchor). Si nos remitimos a la redacción de contratos notariados, bajo los cuales se suele emprender cualquier negocio formal, el sintagma LA COMPAÑÍA alude a la transposición nominal que se realiza de un nombre genérico al nombre propio de una empresa para fines del documento legal. En ese sentido, consideramos que los textos habilitan la comprensión del extractivismo como una problemática amplia y compleja. En ambos casos no es una compañía cualquiera, sino La Compañía: un vacío que se sigue llenando gracias a las previsiones de un sistema capitalista y antropocéntrico.

un ser decrepito que no podía ni moverse” (2017: 73), en cambio, con el dinero de la indemnización, se hace de la camioneta y la mantiene cargada de gasolina. A diferencia de la silla, este transporte le confiere un estatus socioeconómico y de masculinidad más elevado.

Temporada de huracanes despliega una serie de expresiones asociadas con la “petromasculinidad”. El término se atribuye a aquella performatividad de género que coordina el control de los bienes fósiles con el orden patriarcal (Dagget, 2018: 28). A juicio de Cara Dagget, este comportamiento necesita de la hipérbole para perpetuar su dominio:

[...] se basa en aspectos de la masculinidad tradicionalmente hegemónica, pero al mismo tiempo [...] se puede entender mejor como una suerte de hipermasculinidad, que vendría a ser una postura “más reaccionaria”. Esta emerge cuando los agentes de la masculinidad hegemónica se sienten amenazados o socavados, lo que provoca que necesiten inflar, exagerar o distorsionar su masculinidad tradicional (2018: 33).

Asimismo, el antropólogo Hernán M. Palermo suscribe que “el universo petrolero es un ámbito en el que la masculinidad se exagera” (2015: 110); en la novela, lo anterior se refuerza tras el abandono del ingeniero, la aparición de la joven Norma y el descubrimiento de su aborto clandestino asistido por la Bruja. Estos episodios constatan que Luismi (quien antes demostraba mayor interés por el sexo con otros hombres) opta por cumplir un rol heteronormado que compense la masculinidad que ni sus parentescos ni sus deseos ni su corporalidad le proveen. Para conseguirlo, decide casarse con la adolescente, tan pronto la encuentra en la plaza del pueblo, y convertirse en el padre del bebé que espera. La noticia debe ser compartida con sus congéneres, a fin de legitimar su logro y de reclamar la propiedad sobre el cuerpo de la mujer:

[...] llegó feliz y radiante al Sarajuana a anunciarles a todos que... ¡Se había casado! ¡No mames, loco! ¡En serio? ¡Casado, bien casado? Ajá, asintió el idiota. Se llama Norma y es de Ciudad del Valle. ¡Chale! [...] Ya varios de la banda le tenían el ojo echado a la escuincla esa cuando el Luismi les ganó el brinco a todos y se la llevó para su casa, [...] y ahora era su vieja, pues, su mujer [...] (Melchor, 2017: 193).

La potestad sobre el cuerpo femenino se ve exponenciada una vez que el joven descubre que la Bruja es quien ayuda a Norma con el aborto mal ejecutado. Tras la confrontación, el episodio desemboca en el feminicidio a manos de Luismi y su amigo Brando. Es claro que esta concatenación de eventos no modifica los deseos sexuales de Luismi, pero le posibilita formar parte de una tradición hegemónica que establece cierto capital simbólico. Que le sea arrebatado dicho acceso a formar una familia “tradicional” genera su respuesta feminicida.

A pesar de que la historia de Luismi está plagada de violencias ejercidas, el caso de Brando parece ser aún más incisivo. Este personaje exhibe una masculinidad exacerbada, hiperbólica, llena de tintes agresivos y destructivos. Es un joven que se divierte

con el destrozo de objetos e imagina que aniquila a otros seres de manera sádica. Con base en lo que ya hemos planteado, no es casual que emplee combustible como dispositivo de muerte:

[...] cuando su madre no se daba cuenta, [...] Brando elegía uno de esos peluches y los destripaba y los quemaba con petróleo en el patio, deseando que fueran animales de verdad, de carne y hueso, conejos y cachorros de oso y gatos de ojos soñadores cuyo pelaje ardería entre chillidos agónicos (2017: 159-160).

Las pulsiones despiadadas se suman a las burlas que le dirigen sus amigos por el tamaño de su pene –“esa verguita que tienes seguro ni se te para, ¿verdad?” (2017: 162)– y al menosprecio del que es objeto por no haber tenido parejas sexuales a las que pudiera haber penetrado y sometido, sin importar que sean mujeres, homosexuales o animales:

¿De verdad nunca se la has metido a nadie, pinche Brando? ¡Chale! ¿Ni siquiera a un putito? [...] ¿Ni a un cochinito, a una borreguita? Los muy cabrones se partían de risa y Brando, mordiéndose las uñas, nada más se reía, porque era cierto que a sus doce, sus trece, sus catorce años cumplidos aún no cogía con ninguna chica (2017: 163).

El adolescente ríe, no opone resistencia ante el escarnio por temor a que empeoren las burlas contra su virilidad: “aguantaba vara porque sabía que ellos lo castrarían aún más si él llegaba siquiera a insinuarles que sus mofas le encabronaban” (2017: 173). En relación con esta amenaza de la emasculación en la cita, la etnografía de Palermo sobre los petroleros argentinos destaca que “[e]xaltar los valores de la resistencia, el aguante y la fuerza [...] tiene su tenebrosa contrapartida en el miedo que suscita feminizarse” (2017: 121).

Durante las fiestas del carnaval, ante la presión de el Willy, el Mutante, el Gatarrata, la Borrega y el Canito, Brando viola a una joven después de todos los mencionados. La chica se queda dormida en la parte trasera de la camioneta de Munra, quien les cobra una módica cantidad por el aventón y el pacto de complicidad. “[M]étesela, métesela en caliente, antes de que se despierte” (Melchor, 2017: 169), le gritan los demás. El cuerpo femenino pasa a ser un objeto del deseo ajeno, un territorio sobre el que se erige y se legitima la propiedad masculina. Cuando llega su turno, ella le orina encima por accidente, aún inconsciente, y él responde con brutalidad: “Brando [...] se lanzó hacia la mujer y le asestó un buen puñetazo en la cara” (2017: 173), con el propósito de reiterar su masculinidad frente a las carcajadas de sus pares. La voz narrativa subraya que la identidad de la chica es borrada, que no se le reconoce como sujeto: “Nadie la conocía, nadie sabía su nombre” (2017, 171). Tan solo recupera su instancia como cuerpo vivo y sintiente una vez que transgrede la línea de la pulcritud y empapa la ropa de Brando. Ello provoca que él se sienta sucio y que considere el hecho de castigarla. No obstante,

Munra detiene el automóvil y exige que se deshagan de ella. Aún así, la narración enfatiza sus impulsos feminicidas:

[...] de no haber sido así Brando la hubiera seguido golpeando, hasta sumirle la cara y tumbarle los putos dientes y tal vez hasta matarla, por haberle ensuciado la verga y la ropa con sus asquerosos meados, pero sobre todo por haberlo dejado en ridículo frente a la banda, frente a esos cabrones castrosos que todavía años después del incidente seguirían cagándose de la risa. (2017: 173)

Más allá del acto mismo de orinarle encima, Brando adjudica un mayor peso a la opinión de su grupo de amigos. Las otras miradas masculinas, tan cómplices como fiscales, ponderan y acreditan la virilidad del joven. Se trata de una dinámica normalizada e incuestionable, pues incluso él puede prever que el escarnio se prolongará por mucho tiempo. En su libro, *Contra-pedagogías de la crueldad*, Segato advierte acerca de estas praxis repetitivas y su injerencia en el prototipo patriarcal, despiadado y ruin:

La masculinidad está más disponible para la crueldad porque la socialización y entrenamiento para la vida del sujeto que deberá cargar el fardo de la masculinidad lo obliga a desarrollar una afinidad significativa [...] entre masculinidad y guerra, entre masculinidad y crueldad, entre masculinidad y distanciamiento, entre masculinidad y baja empatía (2018: 13).

Tal como Luismi, Brando requiere del engrosamiento de su crueldad por vía del dominio sobre el cuerpo-objeto de las mujeres. Cabe mencionar que más adelante, para blindar la resistencia a la feminización que le adjudican sus amigos por la falta de parejas sexuales, resuelve convertirse en “amante de la Leticia, esa negrita nalgona, unos diez años mayor que él” (2017: 173), quien es esposa de un petrolero. Sin embargo, lo que le atrae de ella no es su cuerpo, sino la violencia que puede ejercer sobre ese territorio, pues se imagina sus nalgas “que parecían haber venido a este mundo para ser azotadas, mordidas, castigadas” (174). De hecho, Melchor agrega que cuando tiene sexo con ella no logra eyacular y que poco a poco, mientras la penetra, le invade un asco vomitivo por el olor y los fluidos de Leticia, justo como sucede con la orina de la chica en la camioneta. Por supuesto, esa información la reserva del conocimiento de sus pares. Mantiene la relación clandestina para legitimar su hombría y hasta “les contaba escenas que nunca ocurrían” (2017: 175). En resumen, estos personajes de *Temporada de huracanes* orientan su deseo hacia el dominio de otros cuerpos. No es que consoliden la hipermasculinidad, pero sí establecen vínculos de subyugación o demostración del poder. Es precisamente ese quedarse a medias lo que cataliza la frustración y refuerza el ciclo de violencia.

En el caso de *La Compañía*, la aproximación a la configuración sociocultural es distinta. Lo que ayuda a cuestionar Gerber Bicecci no es únicamente la visión androcéntrica –es decir, la centralidad de la figura masculina en la práctica capitalista y la división

sexuada del trabajo– sino también lo antropocéntrico, que engloba además el dominio de los seres humanos sobre los recursos del planeta Tierra. Lo que queda en evidencia en este texto es el desdoblamiento de la práctica abusiva sobre el cuerpo-territorio: el control de las mujeres a través del confinamiento al espacio doméstico, la extracción de cinabrio en túneles cada vez más profundos, e incluso la posibilidad más reciente de lucrar con las ruinas de la mina para transformarlas en sitio de ecoturismo.

Lo que presenta Gerber Bicecci en la primera parte de *La Compañía* con la reescritura del texto de Amparo Dávila puede leerse también en clave de la petromasculinidad. Tanto el marido como la Compañía denotan esa masculinidad alterada de la que habla Daggett. El esposo como figura que decide dentro del espacio doméstico sin consideraciones hacia su pareja y la Compañía con su actividad intrusiva y rapaz. Podemos observar, en primera instancia, la renuencia frente a la llegada de la Compañía por parte del personaje al que hace referencia la narración en segunda persona: “La misma noche de su llegada suplicarás a tu marido que no te condene a esa tortura. No podrás resistirla; te inspirará desconfianza y horror” (2019: 18). Además, también se apunta a un discurso que alude a la *luz de gas*,⁶ la manipulación emocional y la normalización de la violencia por parte del hombre: “La Compañía es completamente inofensiva, dirá tu marido con marcada indiferencia, ‘te acostumbrarás’” (2019: 19). En estos fragmentos introductorios se plantea el clima de manipulación que facilita la empresa capitalista de extracción mineral: comúnmente se amparan tras discursos-parches que no terminan por subsanar las heridas que provocan en las comunidades y ecosistemas de donde extraen recursos. Desde cómo aportan a la economía local y sus prácticas como empresas socialmente responsables, las mineras se escudan del daño que infligen convenciendo a los habitantes, y la sociedad en general, de que lo que hacen abona a un progreso común que justifica los medios abusivos a los que recurren.

La situación evoluciona paulatinamente y se torna cada vez más violenta mientras la Compañía pasa más tiempo en la casa de la protagonista. El incremento de la incomodidad es proporcional a la respuesta negligente del esposo, quien desestima y reprime las quejas y solicitudes de auxilio de la protagonista: “Cada día estás más histérica, es realmente doloroso y deprimente contemplarte así, te he explicado mil veces que la Compañía es inofensiva” (2019: 69). Cabe recordar que su visita es propiciada por el hombre; él la instala en el espacio doméstico de forma tiránica, como corolario de una relación matrimonial que ha acumulado sendos indicios de violencia: “Llevarás entonces cerca de tres años de vaticinios” (2019: 13). La siniestra presencia transita de una actitud de acoso e intimidación –“Cuando despiertes, verás a la Compañía junto a tu cama, mirándote fijamente, con sus ojos penetrantes” (2019: 41)– al ejercicio de

⁶ Entendemos el fenómeno de la *luz de gas* (del término en inglés *gaslighting*) como una forma de agresión emocional en la que el victimario descalifica las certezas de la víctima hasta el punto de hacerla dudar sobre su percepción de la realidad.

la violencia física, incluso contra los infantes “Cuando llegues al cuarto encontrarás a la Compañía golpeando cruelmente al niño” (2019: 52). Cuando descubrimos que La Compañía es también la empresa que se apropió de San Felipe para dragar hasta el último rincón de sus yacimientos minerales, queda aún más claro el juego metafórico que propone la autora: tanto Compañía-huésped como Compañía-empresa siguen un mismo patrón de invasión progresiva y prácticas predatorias. Es evidente, entonces, la línea que Gerber Bicecci dibuja entre el capitalismo y la masculinidad hegemónica. La escena de los golpes hacia el hijo de la máquina (antes Guadalupe) enfatiza la idea de que, si alguien amenaza con desestabilizar la centralidad del capital/hombre, desencadena una actitud reaccionaria y agresiva, como apunta Daggett (2018: 33).

A pesar de una mayor abundancia de ejemplos del despliegue de masculinidad en la parte A de *La Compañía*, en la parte B también podemos hacer un rastreo de aquellas instancias en las cuales esta caracterización arquetípica cumple un rol fundamental en favor de la actividad extractiva de mercurio. Pensando en ambas partes como caras de una misma moneda, es posible trazar una línea entre el montaje narrativo A y las fichas de archivo B. El relato “José Largo” nos permite aproximarnos a momentos en los que la acumulación del capital se vuelve el principal acicate para la práctica extractiva. Tras el descubrimiento del metal pesado en Veta Rica, Eusebio Gaucín le asegura a José Espinosa: “si en el lugar que tú [dices] hay bastante de este mineral, yo te quito de pobre. Te lo juro por mi mamacita” (2019: 98). Esta promesa se ve nublada por los intereses de su patrón, don Ignacio Martínez, pues aunque Eusebio dice que es un hombre de palabra y le recompensará con creces, termina por ofrecerle a cada uno tan sólo un 10% del negocio (2019: 100-102).⁷ La presencia de la hipermasculinidad se vuelve un poco más evidente cuando se apunta hacia el conflicto que se produce al momento de registrar los terrenos para su explotación. Don Nacho se presenta a las oficinas de la agencia de minería y, tan sólo 15 minutos después de terminar con el proceso burocrático que daría el nombre de Nuevo Mercurio a la “falda oriente del Cerro del Calvo”, aparecen otros agentes que buscan adueñarse de este lugar. Al ver la negativa sobre este sitio de extracción, consiguen reclamar los terrenos colindantes al oriente y al poniente (2019: 107). Esta demostración de masculinidad, marcada por trazos rumiantes y carroñeros que reconfiguran la cartografía del territorio, se ve ligada con la idea de proveer y acumular. En caso de incumplir este mandato se da paso, en palabras de Daggett, a una debilidad que es reflejo de una no masculinidad (2018: 36).

Las dos partes del libro están cifradas en un paralelismo. José, Eusebio, Ignacio, el marido y los otros nuevos terratenientes están en busca de un futuro provechoso, de un

⁷ Nos llama la atención que el relato de “José Largo” mencione el paso de José y Eusebio por una gasolinera, fragmento que Gerber Bicecci no duda en archivar: “[En] Cañitas, [la] estación de ferrocarril [...] donde entronca la vía [...] de Durango con la [...] México-Juárez, cargaron gasolina y ya de noche siguieron su rumbo a Sain” (2019: 100).

porvenir monetario a cualquier costo; incluso si ello implica un riesgo para la seguridad de sus familias –como se observa en la reescritura de “El huésped”–. Bajo esta lectura, es posible homologar a Mercurios Mexicanos –más tarde Compañía Minera Veta Rica, S.A.⁸ –, y a todos los personajes masculinos que participaron en su empeño depredador del suelo, con La Compañía que provoca, acosa y aterra a la protagonista gracias a la complicidad del marido. En ese sentido, la parte narrativa del artefacto textual que es *La Compañía* se sostiene dentro del reino de lo verosímil con base en el trabajo de archivo ubicado en la segunda parte del texto. De esta forma, tenemos a nuestra disposición un argumento cíclico de causa y efecto que se alimenta de ambas partes del libro y que, en últimas instancias, apunta a una corresponsabilidad matizada, o encubierta, entre los ideales del capitalismo y el patriarcado.

Hasta el momento, hemos rastreado la dependencia que desarrollan los personajes masculinos hacia el petróleo. En palabras de Dagget, las subjetividades privilegiadas se mantienen “empapadas de aceite y espolvoreadas de carbón” (2018: 27-28).⁹ Estas sustancias lubrican el ejercicio de la performatividad hegemónica, pues se vinculan directamente con las pretensiones de ascenso social, el libre acceso a los medios de transporte y el despliegue de autoridad sobre las mujeres y el ecosistema. A esta ecuación agregamos el alcohol, otro lubricante de peso para la energomaskulinidad. En los archivos de Nuevo Mercurio que se reportan en *La Compañía*, se indica que “Llegó [...] a ser más fácil conseguir una cerveza que un vaso de agua” (Gerber Bicecci, 2019: 111). De igual modo, se alude a la construcción de una cárcel anexa a la oficina del corporativo, para mantener a raya a “borrachines y delincuentes” (2019: 113). Resulta interesante la provisión de bebidas alcohólicas como concesión básica para amortiguar las largas jornadas de los peones y anestesiar sus cansancios, siempre que los dueños de los medios de producción puedan administrar su ingestión.

En *Temporada*, las referencias al alcoholismo y a otras drogas son más abundantes. El bar de Sarajuana es, como la gasolinera, estación de paso inevitable. Para los residentes de La Matosa, en especial para los personajes masculinos, el consumo de alcohol cumple varias funciones, en principio, anestesia la miseria de una comarca periférica

⁸ Es interesante que aunque la compañía, Compañía Minera Veta Rica, S.A., cambia de razón social una vez que la extracción de mercurio vuelve a ser redituable, el nombre de su dueño y su legado no permutan. A pesar de ya no operarla él directamente, Don Ignacio Martínez deja a cargo del negocio a su sobrino, también llamado Ignacio Martínez (2019: 125).

⁹ La expresión original incluye palabras compuestas de difícil traducción, pero más certeras que las nuestras: “privileged subjectivities are oil-soaked and coal-dusted” (27-28). Con ello, la investigadora señala que las masculinidades vinculadas con el poder económico del extractivismo petrolero parecen estar bañadas o envueltas por dichas sustancias. Dagget lleva su argumento aún más lejos e indica que esta performatividad tóxica encarna tanto la solidez de la piedra (*petro*) como la fluidez de los aceites y gases (*oil*) que se derivan de ella (34). Por tal fragilidad inherente es que parece necesaria la afirmación reiterativa de su fuerza bruta.

y desgraciada: “por lo menos con el alcohol las cosas buenas se hacían mejores y las culeras como que se soportaban más fácilmente” (Melchor, 2017: 63); pero al mismo tiempo, la sustancia lubrica la violencia inherente de la masculinidad hegemónica y desinhibe a los hombres para legitimarla. En el siguiente fragmento observamos que, bajo los efectos de las cervezas templadas, se defiende el territorio habitado y, por ende, poseído por dichos sujetos:

[...] y no faltó, porque nunca falta, [...] un cabrón que se ofendía de que dijeran que La Matosa era un pueblo rascuache y se las hizo de pedo y se les fue encima y entre todos los que estaban en la cantina les metieron sus buenos vergazos a los chamacos esos, pero al final nadie sacó el machete, quizás porque los tumbaron pronto, o porque hacía demasiado calor para tomarse demasiado en serio la ofensa, y no había mujeres a quienes impresionar (2017: 21-22).

Entre congéneres se ejerce y a la vez se solapa dicha práctica reafirmativa, sobre todo frente a una amenaza. Empero, la demostración se diluye porque no hay nadie que constate el cumplimiento del mandato de masculinidad, el cual está anclado al arraigo por el terruño. En ese sentido, como arguye Cara Dagget al respecto de la petromasculinidad,

Los ideales patriarcales se proclaman de forma maníaca [...] pero debajo de la obsesión por la hipermasculinidad se revela un miedo subyacente a la fragilidad social de la masculinidad, así como un sentido compartido entre los miembros de que cada uno, personalmente, no ha alcanzado ese ideal (2018: 35-36, la traducción es nuestra).

De igual modo, la ingesta de psicoactivos llega a ser atenuante de los episodios de sexo entre hombres, como el de la felación de Luisimi a Brando, que posteriormente es negada y ocultada porque pone en riesgo su estatus frente a otros jóvenes del pueblo. Así como la gasolina, el alcohol y las drogas operan como combustible de los cuerpos energomasculinos: lubrican, amortiguan y disuelven la violencia normalizada o el deseo abyecto en los espacios pericapitales de extracción y producción de hidrocarburos.

Tanto *Temporada de huracanes* como *La Compañía* pueden leerse a partir del cruce epistémico que propone Alicia H. Puleo en *Ecofeminismo: Para otro mundo posible*, en tanto que ambos textos nutren el cuestionamiento que la investigadora realiza a “los sesgos del antropocentrismo extremo y del androcentrismo pseudouniversalista del discurso ilustrado” (2011: 434). Hoy en día no nos parece sorprendente que la masculinidad hegemónica esté enraizada en la violencia y la inequidad. Uno de los fundamentos principales del ecofeminismo es la crítica radical a estas nociones socialmente normalizadas y perpetuadas en la praxis diaria, no sólo dentro de la esfera de los vínculos que emanan del binomio sexo/género, sino también en cómo experimentamos la diversidad de relaciones que construimos con la multiplicidad de ecosistemas con los que convivimos. Los textos de Melchor y Gerber Bicecci nos ayudan a entender la necesidad latente de desarticular prácticas de explotación sobre los cuerpos: el terrestre, el humano, en

especial a las mujeres y sujetos que desafían la heteronorma, y el de los demás seres con los que cohabitamos el planeta.

LA OBTENCIÓN DE ENERGÍA A EXPENSAS DE LA SALUD HUMANA Y NO HUMANA

De igual modo, en el par de textos se observa que el extractivismo mineral está forzadamente vinculado con la precarización de las condiciones de vida humana, ya sea a través de la perpetuación de la miseria o la propagación de la enfermedad. Para atender estas variables, es preciso hacer hincapié en la representación de las consecuencias patológicas y la disponibilidad de los servicios clínicos en ambas narrativas.

El tema de la enfermedad (el contagio de un agente externo, la herencia de una estirpe achacosa, el malestar como metáfora de la represión dictatorial, la imposibilidad de nombrar o describir un dolor, entre otras aristas) atraviesa de manera reiterativa la literatura latinoamericana de los últimos treinta años; así lo constatan Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo en la introducción a la antología *Excesos del cuerpo* (2009): “Su presencia resulta tan continuada que ha devenido en tópico fundacional de la literatura hispanoamericana” (2009: 25). Dentro de este panorama, va creciendo un subgrupo de textos (casi todos firmados por mujeres: Lina Meruane, Samanta Schweblin, Rita Indiana, Liliana Colanzi o Fernanda Trías, por mencionar algunas) que resalta el vínculo entre los padecimientos del cuerpo humano y las alteraciones de los ecosistemas. Para Estefanía Bournot, quien analiza el texto de Gerber Bicecci en conjunto con el de otras contemporáneas, “la enfermedad hoy en día se manifiesta en sus formas artísticas y metafóricas [...] como síntoma de la degradación medioambiental” (2021: 57). Las obras literarias registran el deterioro de las materialidades del cuerpo-territorio por igual: la flora, la fauna, las condiciones climatológicas y las corporalidades de los personajes están afectadas, y esas mutaciones degenerativas son, en su mayoría, suscitadas por consorcios neoliberales y solapadas por las fuerzas del Estado. En ese sentido, siguiendo a Bournot, “los textos y las obras artísticas somatizan la crisis ecológica y social del sistema extractivista” (2021: 57). Las escritoras denuncian el presente enfermo de estas latitudes, hecho que se finca en los intereses patriarcales de manipular los recursos naturales y los medios de producción energética.

En el artículo donde analiza la crónica ya mencionada de Guerriero, la novela breve *Distancia de rescate* de Schweblin y la serie televisiva *Cromo*, dirigida por Lucía Puenzo, Fernando J. Rosenberg (2019) refiere a un conjunto de narrativas que denuncian la economía tóxica que impera en América Latina como condición imprescindible para la reproducción del capital: “El aire, el agua, el suelo, más que el escenario natural de estas historias [...] son sus actores, intoxicados e intoxicantes, silenciados pero no neutralizados por su reducción a variables generadoras de capital (recurso, propiedad, energía,

etc)” (Rosenberg, 2019: 900-901). “Te acostumbrarás”, dice el marido a la protagonista de “El huésped”, y esa resignación forzosa puede extenderse a la latencia de la toxicidad en nuestros territorios latinoamericanos.

Verónica Gerber Bicecci pone mucho énfasis en la serie de padecimientos atribuidos a la presencia de bifenilos policlorados (BPC) en la excavación. Las viñetas 39 y 41 de la segunda parte de *La Compañía* registran casos de hidragirismo o intoxicación por mercurio, que provocaba contracciones musculares involuntarias y gingivitis (Gerber Bicecci, 2019: 129) así como insuficiencias nefrológicas e incluso trastornos cerebrales (2019: 131) en los peones de la mina. La viñeta 51 evidencia que los efectos secundarios de la exposición a estas sustancias se prolongaron por años y afectaron a todo tipo de habitantes: “Un día las personas del pueblo, como en una película [...], empezaron a tener cefaleas. Niños y adultos. Y aparte de los dolores de cabeza, sangraban por la nariz. Esto ya fue en los 80” (2019: 141).

Asimismo, los documentos que la autora yuxtapone denuncian el contacto de la población con residuos radiactivos que fueron producidos por corporaciones petroleras o fábricas de neumáticos y esmaltes sintéticos de los Estados Unidos (viñetas 55 y 62, páginas 145 y 152). Ello indica que San Felipe Nuevo Mercurio, además de ser enclave minero, también se convirtió en depósito ilegal de desechos ajenos, aspecto que reitera la exposición de unas vidas a la toxicidad como mecanismo inseparable para la reproducción del capital extranjero y el mantenimiento de su impunidad. La existencia de dichos restos nucleares causó abortos espontáneos recurrentes, como se reporta en la viñeta 54 (2019: 144). Así, tal como expone Edith Negrín en el libro que citamos al principio, “la industrialización del mineral a manos foráneas es un proceso execrable, pues comporta tanto la destrucción de la naturaleza como la desgracia de los seres humanos” (2017: 25).

En la viñeta 31, extraído del relato “José Largo” de Martínez P., se informa que hubo recursos consignados al recurrente diagnóstico radiológico de los trabajadores; sin embargo, igual se agrega que los hallazgos eran manipulados a conveniencia de la empresa, a fin de exhibir indicadores menos alarmantes que los reales:

La Compañía tenía a su médico [...] y se llamaba Juan Palomares. El hospital [...] estaba dotado de aparatos de rayos equis, pues había que hacer exámenes torácicos a los mineros cada seis meses. Palomares hizo [los] primeros exámenes radiológicos tanto a los mineros de nuevo ingreso como a los rutinarios. Estos se clasificaban por el porcentaje de silicosis [producida por inhalación de partículas de sílice] que tenían o habían adquirido. [Pero] Palomares entregó a la oficina del superintendente los resultados de las placas [con] porcentajes de antracosis [inflamación crónica de los bronquios y pulmones, debida a la aspiración de polvo con cristales de carbón], mal que sólo adquirirían los mineros del carbón (Gerber Bicecci, 2019: 121).

La impostura de las placas puede equipararse con el “disfraz” que se colocó a los tambos de BPC, pues la viñeta 73 señala que para poder ejecutar el contrabando fueron depositados dentro de otros barriles más grandes, cuyas etiquetas indicaban “Alcohol de verduras”, líquido que “es tóxico, pero no tan grave” (2019: 163).

En su estudio etnográfico sobre Comodoro Rivadavia (Argentina), titulado “Machos que se la bancan’: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina” (2015), Hernán M. Palermo señala que, entre los varones que laboran en las minas de esta ciudad, “[e]s común que los accidentes de trabajo no se informen a las empresas o a las aseguradoras de riesgos” (2015: 108) e incluso que “las estadísticas se dibujan, todo se inventa” (2015: 108). En consonancia con el montaje de Gerber Bicecci y con la propuesta de lectura acerca de estos escenarios energo-tóxicos consideramos que este encubrimiento ampara tanto los intereses del capital como un arquetipo de masculinidad invulnerable y resistente (2015: 108). El maquillaje del daño sostiene, entonces, el extractivismo sistémico.

En un esfuerzo por descentralizar la mirada antropocéntrica al respecto de esta letalidad, Gerber Bicecci agrega que los efectos tóxicos y radiactivos de estas sustancias no se despliegan exclusivamente sobre los cuerpos humanos, sino que la corrosión se dispersa hacia otras materialidades biológicas, como la flora y la fauna del ecosistema:

[Los BPC], al ser liberados, causan efectos adversos inmediatos o retardados en el ambiente, por bioacumulación y/o efectos tóxicos sobre los sistemas bióticos. Los BPC más altamente clorados son los causantes de trastornos en el aparato reproductor de los seres vivos y del impedimento en el desarrollo y crecimiento de las plantas. Algunos [...] estudios [en] animales han demostrado que estos sufren problemas de crecimiento hepático [...] debido al esfuerzo por eliminarlo [...] (Gerber Bicecci, 2019: 155).

Así, *La Compañía* se adhiere al corpus creciente de narrativas que encaran la virulencia tan generalizada como subrepticia que sostiene los espacios pericapitales —en sus versiones agrotóxicas o energotóxicas— y que es coextensiva al *continuum* de formas de vida.

La novela de Melchor, en cambio, no se inclina hacia la representación de la toxicidad somática del petróleo en los cuerpos, pero sí se detiene en la escasez de servicios sanitarios y en la violencia médica que reciben los personajes cuando acuden a los hospitales de Villagarbosa. Como hemos mencionado antes, quienes habitan en La Matosa no cuentan con estos espacios clínicos, por lo que acuden con la Bruja para suplir dichas necesidades —ella mercadea consultas, conjuros y remedios para los malestares—, o bien, con un curandero de Palogacho que recibe turismo médico o pacientes de la farándula pero cobra muy caro (Melchor, 2017: 19). En la novela se alude a la existencia de una clínica, también costosa, donde doña Tina refugia a su hijo, el padre de Luisimi:

[...] la abuela no pudo seguir negando que el cabrón se estaba muriendo, y en un intento desesperado por salvarlo decidió internarlo en el sanatorio más caro de Villa, el que construyeron para los petroleros, y para pagar la cuenta y las medicinas no le quedó de otra más que vender la fonda, el terreno al pie de la carretera [...] (2017: 40)

La anciana vende todo su patrimonio (que luego se convertiría en el sustento de sus hijas y sus nietas) para que Maurilio tenga acceso a estas atenciones, pero él muere a los pocos días. Nos llama la atención que se destine un espacio clínico casi exclusivo para garantizar la salud de los peones de los yacimientos; no obstante, la pervivencia de los petroleros se asegura menos por el cuidado humano y más porque son fuerza de trabajo capacitada que tiene que sobrevivir para que el drenaje y usufructo de la Tierra continúe. Sus vidas son futurizables en función de la técnica que conocen y aplican en favor del capital. Además, la emergencia del hospital también se finca en la necesidad de las compañías de salir indemnes de las demandas y las batallas legales por negligencia.

En el capítulo IV, Luisimi transporta a Norma hasta la clínica, pero como no tiene dinero ni papeles que acrediten su parentesco con ella, recibe un trato indolente e incriminatorio por parte de las auxiliares y las trabajadoras sociales (2017: 66-67). Más adelante, en la sección focalizada en la perspectiva de la joven, se añade que permanece amarrada a la camilla, en estado deplorable: “rodeada de mujeres desgreñadas y todos esos críos llorones, y los familiares y su cháchara insoportable: pegando los muslos, apretando los dientes” (2017: 100); además, se agrega que la mantienen prisionera del recinto médico por haberse practicado un aborto clandestino (2017: 100-101). Una de las enfermeras la amenaza con violencia, pretende que la torturen durante el legrado y anticipa que no podrá costear el servicio: “le voy a decir al doctor que te raspe sin anestesia, para ver si así aprendes. ¿Cómo vas a pagarle al hospital todo esto, eh?” (2017, 103). Estos malestares y dinámicas sociales agresivas parecen ser condiciones *sine qua non* para la reproducción del capital. El menoscabo de la calidad de vida de algunas personas, de aquellos cuerpos que no importan porque no aportan dividendos al sistema, asegura la riqueza de las compañías energéticas.

“LA VIDA BUSCA SUS CAMINOS”: MATSUTAKES Y OTROS FUTUROS

¿Podemos vivir dentro de este régimen de lo humano y aun así excederlo?

Anna L. Tsing

En el prólogo y el primer capítulo de su libro *The Mushroom at the End of the World* (2015), Anna L. Tsing ofrece una mirada crítica sobre el “progreso” como bastión del ideal capitalista y exhibe su latente descomposición tóxica. Según la antropóloga, esta noción dirige nuestra mirada a un futuro prometedor, pero nos obliga a ignorar un

presente y un pasado de abusos interespecies que aún repercuten en nuestros ecosistemas. Lo anterior hace eco con la insistencia de Donna Haraway por mantenernos con el problema; en *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene* (2016), Haraway propone atender el presente, cuyas raíces están en el pasado, para con ello ocuparnos del futuro. En esta veta, los textos de Melchor y Gerber Bicecci responden a las narrativas del progreso aún embebido en la ideología capitalista del panorama mexicano contemporáneo. A través de su lectura conjunta con Tsing y Haraway, en este apartado final, nos cuestionamos brevemente acerca de esta voracidad y los efectos sobre otros seres y otras especies con quienes cohabitamos. Nuestro punto de llegada no es, por ningún motivo, conclusivo, sino que precisamente esta sección pretende abrir el panorama hacia otras lecturas posibles, menos centradas en el deseo de tener la última palabra frente a los textos literarios. Nos inclinamos, en cambio, por el diálogo que incitan las obras en relación con los mecanismos de dominación que no deseamos heredar al futuro.

En principio, hay que aclarar que ambos textos postulan, cada uno a su modo, formas de posicionarse ante el futuro sin desestimar el presente. En *Temporada de huracanes* esto se presenta a partir de la figura de El Abuelo, quien aparece en el octavo y último capítulo de la novela. El personaje espera a los empleados del depósito de cadáveres de Villagarbosa, con el objetivo de enterrar a los cuerpos no reclamados en la fosa común, sin importar el estado en el que lleguen:

Los fue contando a todos, uno por uno, incluso a los que no estaban completos, los que eran puro retazo de gente, sin rostro ni sexo: el pie calloso de algún campesino que seguramente se empeñó en chapear una loma borracho, y dedos y trozos de hígado y jirones de piel que salían sobrando de las cirugías del hospital de los petroleros (Melchor, 2017: 219).

Dentro del universo narrativo, cuyas fuentes referenciales dan cuenta de la violencia exacerbada que se vive en Veracruz, el anciano toma las riendas de una posible dignificación de los restos y, por lo tanto, de un reconocimiento de las subjetividades que a ellos corresponden. Todos, un indigente de piel amarillenta, una muchacha descuartizada, una bebé recién nacida y probablemente abandonada, el cuerpo entero y podrido de un hombre acuchillado y los restos irreconocibles de habitantes aledaños (2017: 219-220), a pesar de sus distintos tamaños, formas, sexos, experiencias particulares y relatos de vida, cuentan con un destino en común: la clandestinidad. Consideramos que este breve capítulo es, dentro de la narración laberíntica de Melchor, una posible salida que se dirige hacia “seguir con el problema de mundos dañados” (Harawa, 2019: 229). Dentro de una novela que podría ser clasificada como realista por los anclajes de verosimilitud que integra en sus epígrafes, así como por la mención de Yolanda Ordaz y Gabriel Hüge, periodistas asesinados durante la gestión del ex-gobernador priísta Javier

Duarte y cuyo trabajo “[inspiró] algunas de las historias que pueblan esta *Temporada de huracanes*” (223), este episodio dibuja otra realidad que se vive en los espacios pericapitales: imaginar que hay una salida en el futuro, pero no en la línea que implica escapar del trabajo con el presente, sino que en una lucha se haga cargo del estado actual de nuestro mundo y nuestros vínculos.

La vorágine de cadáveres de esta novela no proviene únicamente de las consecuencias del androcentrismo, de la violencia médica o de las demostraciones de masculinidad. Su título, *Temporada de huracanes*, nos remite a un evento meteorológico cíclico, cuya fuerza pone en crisis la centralidad de la lógica antropogénica. En sus primeras páginas, se hace referencia a esta tormenta:

[...] deslave del año setenta y ocho, cuando el huracán azotó contra la costa con furia y encono y relámpagos estentóreos tupieron de agua el cielo durante días enteros, anegando los campos y pudriéndolo todo, ahogando a los animales [...] y hasta a aquellos niños que nadie alcanzó a tomar en brazos cuando el cerro se desgajó [...] y convirtió en camposanto tres cuartas partes del poblado ante los ojos enrojecidos por el llanto de los que sobrevivieron (Melchor, 2017: 24).

No se trata, sin embargo, de un evento único del 78, se advierte como repetible, pues en términos meteorológicos estos fenómenos vienen por temporada y, de hecho, el Abuelo observa que se avecina un terrible diluvio. A pesar de que en *Temporada* esto no se aborda frontalmente, es importante reconocer que el proceso de adaptación por el que tienen que pasar los habitantes de La Matosa tras dicho huracán rompe con el presunto fuero de las fuerzas energomasculinas y obliga a repensar nuestra relación con la amplia gama de especies con las que cohabitamos y los procesos propios de nuestro planeta, así como las formas en que afectamos a ambas. A juicio de Rosenberg, esta serie de narrativas “demanda una concepción del espacio planetario que abarque varios niveles simultáneos –microscópicos, subterráneos, subacuáticos, tectónicos, atmosféricos, etc.– que escapan de diferente manera a lo visible y personalmente experimentable” (2019: 899). En un tenor parecido, Anna Tsing asevera que “[e]stamos contaminados por nuestros encuentros; nos cambian mientras damos paso a otros. Mientras la contaminación cambia los proyectos de gestación del mundo, los mundos mutuos [...] pueden emerger. Todos cargamos con una historia de contaminación; la pureza no es opción” (27, la traducción es nuestra).

Este proceso de reconfiguración y de reconocimiento de conexiones/parentescos es primordial para hacer frente al presente, con las crisis que experimentamos en todas direcciones: políticas, sociales, económicas, culturales, medioambientales, etc. En la novela de Melchor, es posible observar la ruptura en el estado cíclico de las cosas con las acciones del Abuelo. Si bien la violencia en México se ha convertido en parte de un panorama a raíz de los casos que se reportan diariamente de feminicidios, violencia ligada

al narcotráfico y víctimas de procedimientos clandestinos, tal como se nos presenta en el texto, este personaje recibe el resultado del ciclo violento, sustrae los restos de cuerpos de dicha lógica y presenta la necesidad de otras formas de responder a estos acontecimientos. Al hablarles con ternura e indicarles el camino que deben seguir para dirigirse a un estado de redención, alejado de un entorno violento, se nos presenta una idea distinta de futuro. A pesar de ser tachado de loco por aquellos que lo acompañan (Melchor, 2017: 221), el Abuelo reconoce que el mundo no cambia enteramente con su acción, pero elude sucumbirse a la aversión del estadio social que habita.

Ahora bien, el caso de *La Compañía* puede leerse desde esta veta con mayor claridad. En la primera parte es evidente la alianza entre “la máquina” (quien sustituye a la mujer llamada Guadalupe en el relato de Dávila) y la protagonista. Esta unión funge como espacio de resistencia frente a lo que representan La Compañía y el esposo autoritario. A pesar de que el personaje de Guadalupe en “El huésped” y la máquina en *La Compañía* mantienen un estatus de empleadas dentro del espacio doméstico en cada relato, la transposición entre Guadalupe y la máquina no implica que el personaje se vuelva un artefacto tecnológico al servicio de los personajes humanos, sino que se presenta como una entidad que hace comunidad con ella para deshacerse del siniestro visitante. En otras palabras, se especula y se apuesta por la sublevación del uso de la tecnología, ya no en función de la explotación y el abuso de la empresa capitalista y patriarcal, sino en favor de la preservación del conjunto de ecosistemas en los que se desenvuelven.

Abonando un poco a esto, la resistencia expuesta en la primera parte de *La Compañía* se alinea con el planteamiento que hace Tsing con relación al matsutake –un hongo que brota en paisajes maltratados y ayuda a los bosques a seguir creciendo en estos espacios tóxicos–, ya que plantea cómo este organismo del reino fungi opera como una metáfora de aquello que emerge de entre las ruinas del capitalismo y la sobreexplotación de nuestro planeta para seguir dando vida. Esta imagen de alianza al final de la parte A se contrapone al final desesperanzador de la parte B, cuya última viñeta expone un laberinto múltiple al interior de los túneles de las minas de Nuevo Mercurio (2019: 190). Estos caminos, como los vericuetos del capitalismo, sólo pueden transitarse cómodamente si se les conoce a plenitud, si se les domina. En esa línea, el artefacto textual de Gerber Bicecci nos ofrece una lectura que exhibe la prerrogativa de lo comunitario por encima de lo individual. Para vencer a la compañía, la máquina y la protagonista deben unirse en contra del *statu quo* y sus herramientas de preservación, lo que da luz a caminos que antes no habían sido transitados.

A pesar de su final, *La Compañía* también hace presente otra instancia en la cual aparece una especie en resistencia, pero demuestra a su vez los métodos de los que se hace el capital para continuar su actividad predatoria. Tras el fin de la empresa extractivista por causa de la contaminación detonada en el entorno, tal como se puede observar en la viñeta 92 (Gerber Bicecci, 2019: 182), la extracción sólo se transforma: Nuevo

Mercurio pasa de ser un sitio donde se obtiene cinabrio para volverse un potencial sitio ecoturístico de avistamiento de murciélagos. Los *Tadarida brasiliensis* y *Plecotus mexicanus*, especies de quirópteros halladas en los restos de las obras mineras, son, a su manera, los matsutakes que emergen en los sitios ominosos, oscuros y olvidados para confirmar que aun ahí se resiste a la devastación. Leer *La Compañía* bajo esta doble óptica paralela entre sus componentes nos permite no sólo entender que es necesaria una mirada distinta frente a los problemas que nos acontecen, sino que seguir la misma lógica que nos hemos planteado hasta ahora sólo lleva a una adaptación de la empresa capitalista para mantener y prolongar sus prácticas de precarización, explotación y periferización de aquellos seres que sirven a sus encomiendas.

Es importante para nosotros reconocer la especulación que realizan estas obras y que podemos leer gracias a las lentes teóricas de autoras como Anna L. Tsing y Donna Haraway, pues son de vital importancia para enfrentarnos a un presente desalentador. A pesar de no ser el enfoque central de este estudio, nos gustaría dar cuenta de que recientemente se ha publicado *En una orilla brumosa: Cinco rutas para repensar los futuros de las artes visuales y la literatura* (2021), donde Gerber Bicecci funge como editora y prologuista. La antología integra trece diferentes autorías que entablan un diálogo entre los escombros de un presente y los futuros que se pueden construir con sus ruinas. Sin lugar a dudas, la preocupación por el futuro no es un síntoma de nuestro presente, sino una cuestión, cuya permanencia es atemporal. Lo que proponen Tsing y Haraway, y que continúan autoras como Gerber Bicecci, es que esta especulación del futuro siempre se haga con un anclaje en el presente y, a su vez, se piense críticamente en éste como un resultante de un pasado específico.

A lo largo de estas páginas hemos rastreado tres diferentes elementos compartidos por los textos de Fernanda Melchor y Verónica Gerber Bicecci: uno, la performatividad de una masculinidad hegemónica que está en sintonía con la extracción de hidrocarburos y minerales, lo que provoca a su paso un despliegue de violencias sobre el cuerpo de las mujeres y el de la tierra por igual; dos, la negligencia clínica y la toxicidad corrosiva que se presenta en los poblados periféricos y en sus habitantes humanos y no humanos; y tres, la descentralización del dominio humano a través de agentes de diversa naturaleza (el huracán, el Abuelo, la alianza entre la máquina y la mujer, los murciélagos). Al término de este análisis, consideramos que tanto *Temporada de huracanes* como *La Compañía* pueden ser leídas en clave de *energoficciones*, pero también como materiales para el estudio del presente: matsutakes emergentes que nos invitan a construir y escribir otros futuros.

BIBLIOGRAFÍA

- Bournot, E. (2021). “Abrir las heridas. Gerber, Meruane y Mendieta: geoescrituras de un planeta enfermo”, en *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura*, 25, pp. 54-73.
- Boyer, D. & Szeman, I. (2017). *Energy Humanities: An Anthology*. Maryland: John Hopkins University Press.
- Bouzaglo, N. Y Guerrero, J. (2009). *Excesos del cuerpo*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Connell, R. W. (2005 [1995]). *Masculinities*. California: University of California Press.
- Dagget, C. (2018). “Petro-masculinity: Fossil Fuels and Authoritarian Desire”, en *Millenium: Journal of International Studies*, 47, 1, pp. 25-44.
- Dávila, A. (2008). *Cuentos reunidos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Deckard, S. (2018). “Gendering Petrofiction: Energy, Imperialism and Social Reproduction”, en la preimpresión de capítulo por aparecer en *Oil Fictions: World Literature and Our Contemporary Petrosphere*, editado por Stacey Balkan y Swaralipi Nandi, https://www.academia.edu/38327628/Gendering_Petrofiction_Energy_Imperialism_and_Social_Reproduction
- Flys, C., Marrero, J. y Barella, V. (2010). *Ecocríticas: Literatura y medio ambiente*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Gerber Bicecci, V. (2019). *La Compañía*. Ciudad de México: Almadía.
- (2021). “Poner el lenguaje en las vías (para que estorbe)”, en *En una orilla brumosa*, editado por Verónica Gerber Bicecci, Ciudad de México: Gris Tormenta, pp. 13-34.
- Ghosh, A. (1992). “Petrofiction”, en *The New Republic*, 2, pp. 29-33.
- Glotfelty, C. (1996). “Introduction: Literary Studies in an Age of Environmental Crisis”, en *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*, editado por Cheryll Glotfelty y Harold Fromm, Georgia: University of Georgia Press, pp. XV-XXXVII.
- Guerriero, L. (2005). *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*. Buenos Aires: Tusquets.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno*, Madrid: Consonni.
- Keizman, B. (2019). “Territorios y naturaleza bajo la transmutación del archivo”, en *Valenciana*, 24, pp. 229-245.
- Macdonald, G. (2012). “Oil and World Literature”, en *American Book Review*, 33, pp. 3.
- Melchor, F. (2017). *Temporada de huracanes*, Ciudad de México: Literatura Random House.
- Montenegro, M. (2019). “Petroafecto: Hacia una lectura de la ubicuidad del petróleo en *Pelo malo* de Mariana Rondón”, en *Revista de Estudios Hispánicos*, 53, pp. 991-1013.
- Negrín, E. (2017). *Letras sobre un dios mineral. El petróleo mexicano en la narrativa*. Ciudad de México: El Colegio de México / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Palermo, H. M. (2015). “Machos que se la bancan?: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina”, en *Desacatos*, 47, pp. 100-115.

- _____ (2017). *La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero*. Buenos Aires: Bibles.
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Madrid: Cátedra.
- Rivera Garza, C. (2012). *El mal de la taiga*. Ciudad de México: Tusquets.
- Rosenberg, F. (2019). “Toxicidad y narrativa: *Los suicidas del fin del mundo* de Leila Guerriero, *Cromo* de Lucía Puenzo, y *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin”, en *Revista Iberoamericana*, LXXXV, 268, pp. 899-920.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Szeman, I. (2012). “Introduction to Focus: Petrofictions”, en *American Book Review*, 33, pp. 3.
- _____ (2017). “Conjectures on World Energy Literature: Or, What is Petroculture?”, en *Journal of Postcolonial Writing*, 53, pp. 277-288.
- Tsing, A. (2015). *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, New Jersey: Princeton University Press.
- Tijerina, F. (2020). *Estética, ética y consumo: El caso de Temporada de huracanes de Fernanda Melchor* (Tesis de Maestría), Nuevo León: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

